



2
El
gigante

Joche, Mina y el gigante

Desde que Joche la invitó a su casa, Mina no dejaba de pensar en todas las cosas que jugaría: “¡Ya que sea viernes!”, pensaba cada mañana al despertar.

Desde el miércoles empezó a meter a su mochila todo lo que se le iba ocurriendo. Había ahí dentro cosas suficientes, no solamente para un día, sino para una semana entera: colores, plumones, un cuaderno de hojas blancas, dos delfines, tres juegos de mesa, piezas de construcción, unos patines y lo más importante, una pelota suave.

La última vez que había ido a casa de su amigo, regresó con un chichón gigante en la frente. Al verla, su papá le advirtió que, si iba a jugar fútbol con el fortachón de Joche Moreno, tenía que aprender a detener el balón con otra parte del cuerpo que no fuera la cabeza. Desde ese día, le ayudó a practicar cada domingo; aun así, ella prefería usar la pelota que su mamá le había regalado después del incidente.

—¡Los Patines de Ro!— gritó Mina y se levantó de la mesa. Del susto, su mamá soltó la cuchara y la sopa le salpicó la cara; menos mal que ya no estaba tan caliente.

—¡Regresa a comer, hija!— gritó su papá mientras limpiaba la mesa con la servilleta, en un esfuerzo por no reírse.

Mina volvió con los patines de su hermano.

—¿Qué crees que estás haciendo?— preguntó Rodrigo levantándose —. ¡Esos son míos! Tú tienes los tuyos.

—Sí, sí, pero es que a Joche ya no le quedan

sus patines y su mamá nos va a llevar al parque.

—¡Mamá!— protestó Rodrigo.

—Hija, sabes que debes de respetar las cosas de los demás y no agarrarlas sin antes preguntar.

—¿Me los prestas para mañana, Ro?— preguntó la niña imitando, lo mejor que pudo, el gesto de su perro Algodón, quien acababa de morder el sillón y estaba, con la cabeza gacha y la cola entre las patas, mirándolos desde un rincón de la sala.

—¡No!— contestó su hermano, sin siquiera mirarla, y se sentó para terminar su sopa.



De cualquier modo, esa noche la niña terminó por sacar sus patines de la mochila, pues la mamá de su amigo, quien llamó para preguntar si le habían dado permiso de ir, le dijo que no solo Joche ya tenía patines nuevos, sino que quería regalarle los que ya no usaba: el niño crecía rápido y dejaba la ropa y, por suerte, los patines casi nuevos.

Mina le había pedido a sus papás unos patines en línea, pero le habían dicho que había que esperar a que le dejaran de quedar los suyos. Desde ese día, se propuso crecer más rápido y comenzó a colgarse de cualquier árbol que se atravesara en su camino. No podía creer que tuviera tanta suerte: había conseguido unos patines en línea, sin haber crecido un solo centímetro.

El día, por fin, llegó. ¡Viernes! Los dos niños esperaban a la orilla de la banca, listos para levantarse en cuanto el auto de la mamá de Joche asomara la nariz.

—No le dieron permiso a mamá de salir antes del trabajo, así que papá va a llevarnos a Tacosquillas.

—¿De verdad? ¡Es mi lugar favorito!— gritó Mina, provocando que la maestra de tercero diera un brinco y se le cayeran los cuadernos que llevaba en las manos.

—Ya llegaron por ustedes— les dijo mientras recogía sus libros.

Mina se colgó la mochila y apenas logró ponerse de pie gracias al empujón que le dio Joche. En cuanto intentó dar el primer paso, se fue de espaldas y, por más esfuerzos que hizo por levantarse, solamente logró balancearse de un lado a otro.



Todo había sido perfecto; los tacos estaban deliciosos, por primera vez se los llevaron sin cebolla y, por si fuera poco, Mina ya medía lo suficiente para subirse a los juegos de niños grandes.

"Entonces sí crecí; al menos un centímetro", pensó, mientras entraba por primera vez al tobogán más alto.

Ya en casa de Joche, hicieron masa pegajosa, jugaron con los delfines, rescataron al dragón de caer al remolino del escusado e iban a ponerse los patines cuando tocaron a la puerta.

—Hola, pasen— le escuchó decir a su amigo.

Eran dos niños, uno de ellos enorme. "Al menos va en sexto, pero podría ser hasta de secundaria", pensó Mina al asomarse para ver a los visitantes.

—¡Vamos a patinar, pero ya que somos cuatro, mejor jugamos fut, ¿No?— propuso Joche y sacó un balón del baúl amarillo—. Mina, tú y yo somos un equipo y Robe y Manu son el otro.

—Hola— le dijo el niño más chico a Mina, mientras que el otro solo decía que sí con la cabeza y le mostraba la palma de la mano.

—Hola— contestó ella y acercó los labios a la oreja de su amigo—. ¿Y si mejor jugamos con la mía?— le susurró.

Mina corrió por su mochila, sacó la pelota y la puso junto a la otra. No podía pensar en otra cosa que en el chichón que todavía no le terminaba por desaparecer.

—¡Son iguales!— exclamó Joche y sujetó una con cada mano—. ¿Dónde la conseguiste? Está súper suavecita.



—Pero así no es divertido— dijo el gigante, aplastando el balón con el pie—. Éste, aunque le pegues muy duro, no va a llegar muy lejos.

—Yo sí quiero jugar con él— dijo Joche mostrándole a Robe el balón suave, pues entendió la preocupación de Mina. Él también sintió miedo de solo imaginar los patadones de su gigantesco vecino.

—Nosotros no jugamos fut con esa pelota para bebés, ¿verdad, Manu?

—Eh... No, no jugamos— respondió el niño no muy convencido.

Joche no supo qué más decir y miró de reojo a su amiga, en espera de que, como siempre, se le ocurriera algo que los sacara del problema.

—Bueno, tú eres mucho más fuerte que

nosotros. Lo justo sería usar el balón suave, ¿No crees?

—No.

—Vamos a hacer una prueba: que Joche les haga un pase y vemos qué tan lejos patean. Si lo hacen con todas sus fuerzas y con el mismo balón, el que ustedes escojan.

—El profesional, por supuesto— dijo de inmediato el gigante, mientras Joche hacía todo lo posible porque no se le notara el miedo.

Como Mina lo supuso, el trallazo que dio el gigante hizo llegar el balón mucho más lejos; menos mal que Joche había alcanzado a agacharse antes de que éste le volara la cabeza. Todos corrieron hacia donde había caído y se separaron para buscarlo. Se habían dado por vencidos cuando, desde el otro lado, alguien lo lanzó de vuelta. La bola habría golpeado la cabeza de Mina si Manu no hubiera gritado "¡Cuidado!".



—¡Vaya!, esta vez me salvé— dijo la niña con alivio—. ¿Ves lo lejos que fue a dar? La patada de Manu no hizo llegar la bola ni a la mitad. Esa es la prueba de que nos llevas mucha ventaja.

—Yo voto por jugar con la suave— interrumpió Joche, al ver que el gigante movía la cabeza de un lado a otro, fruncía el ceño y estaba a punto de decir algo.

—Yo también— dijo Manu y se quitó la gorra. Tenía un chichón en la cabeza, pero éste se veía más reciente que el de Mina: aún era de color morado y era muy grande.

—¡Ouch!— dijo ella en solidaridad, pues casi sabía lo que dolía un chichón como ese. Se veía que el golpe que había recibido el niño había sido mucho más fuerte que el de ella, pues a Mina le había salido un monte en la frente, pero el de él era un volcán con todo y erupción.

—Pues yo voto por el balón de verdad— dijo el gigante.

—Los dos son de verdad —contestó Mina—. Yo voto por el suave.

—Bueno, pues el resultado es tres a uno. Ganamos— dijo Joche tras escuchar a todos.

—Entonces no importa mi opinión— reclamó el gigante, con la cara enrojecida.

—Sí importa —dijo Mina— porque se trata de que juguemos todos y tú podrías decidir no jugar. Necesitamos ser dos en cada equipo; te necesitamos.

El color del rostro del gigante pasó de rojo encendido a rosa.

—No estoy seguro de que sea divertido jugar con esta pelota —dijo—. Tengo que pensarlo un momento— advirtió y comenzó a caminar en círculos, con un balón en cada mano—. Está bien; juguemos, pues —dijo con una repentina alegría.





Mina estaba un poco nerviosa pues, aunque ahora sabía detener el balón sin usar la cabeza, todavía estaba el problema de las patadas que el gigante pudiera darles a ellos.

Comenzó el juego y, de inmediato, Mina, quien esperaba al fondo, se dio cuenta de que algo estaba mal pues la patada del gigante se había escuchado hasta donde ella estaba, lo cual no habría sucedido con la bola suave. De cualquier modo, se aguantó las ganas de huir, se echó para atrás y detuvo el trallazo con el pie. La pelota venía a tanta velocidad que no logró retenerla, pero sí evitar el gol mandándola fuera de la cancha.

—¿Por qué cambiaste el balón?— reclamó mientras se sobaba el pie.

—Porque quise, ¿Y?

—¡Tienes que seguir las reglas!— gritó Mina.

—Es que así no tiene chiste jugar— dijo el gigante, desde lo alto.

—Pero dijiste que sí. Eso es trampa— aseguró Joche.

—Sí, pero lo dije nada más para que me dejaran en paz. No es justo que me obliguen a jugar con un balón para bebés.



—No es para bebés y sí es justo porque eres mucho más fuerte y aceptaste las reglas. ¡Casi me zafas el pie!

—Pues yo así no juego.

—Entonces podemos hacer otra cosa— dijo Mina que no quería pelear. Había pasado días esperando ir a casa de Joche y estaba decidida a pasarla bien—. Nosotros íbamos a ir a patinar al parque. ¿Tienen patines?—preguntó a los dos niños.

—Sí, pero vinimos porque queríamos jugar fut, no patinar. ¿Verdad, Manu?— preguntó el gigante a su amigo y le dio una palmada en la espalda que lo hizo dar un paso hacia adelante.

—También me gusta patinar— contestó Manu dando otro paso al frente.

—Pues ya que el resto no tenemos problema, eres libre de decidir si jugamos fut con las reglas que tenemos o si patinamos. A mí, las dos cosas me gustan.

—Yo prefiero patinar— dijo Joche.

—Mina y yo nos íbamos a poner los patines cuando llegaron. ¿Qué dicen?



DIRECTORIO

M. en A. Gerardo Romero Altamirano
Consejero Presidente del Consejo General

M. en G. P. Gema N. Morales Martínez
Consejera Electoral
Presidenta de la Comisión de Educación Cívica y
Participación Ciudadana

Mtro. Carlos Rubén Eguiarte Mereles
Consejero Electoral

Lic. Yolanda Elías Calles Cantú
Consejera Electoral

Mtro. Luis Espíndola Morales
Consejero Electoral

Mtra. María Pérez Cepeda
Consejera Electoral

Dr. Luis Octavio Vado Grajales
Consejero Electoral

Lic. José Eugenio Plascencia Zarazúa
Secretario Ejecutivo

Lic. Daniel Dorantes Guerra
Director Ejecutivo de Educación Cívica y
Participación Ciudadana

Descarga el audiolibro



Instituto Electoral del Estado de Querétaro

Primera edición 1000 ejemplares, diciembre de 2019
D.R. © Instituto Electoral del Estado de Querétaro
Av. Las Torres No.102, Residencial Galindas, C.P. 76177
Santiago de Querétaro, Querétaro
Tel. 442 101 98 00

Impreso en Santiago de Querétaro, Querétaro

Texto:
Yolanda Rubioceja

Ilustración y diseño
IMAGINATION
Sonia Aime Ramírez Andrade

Distribución Gratuita
PROHIBIDA SU VENTA